

DIPLOMACIA Y MIGRACIÓN JAPONESA EN CHILE: DEL PROYECTO* SALITRERO A LA TENTATIVA DE COLONIZACIÓN EN EL SUR: 1913-1930

DIPLOMACY AND JAPANESE MIGRATION IN CHILE: FROM THE NITRATE PROJECT TO COLONIZATION ATTEMPTS IN THE SOUTH: 1913-1930

José Antonio González Pizarro **, Claudio Llanos Reyes ***,
Baldomero Estrada Turra **** y Marcelo Lufin Varas *****

Se examina desde la diplomacia chilena el proceso migratorio japonés en el continente americano y seguidamente dos proyectos migratorios nipones hacia Chile, durante el periodo de 1913 a 1930, analizando las vicisitudes que rodearon estas gestiones en la esfera del gobierno chileno.

La relevancia de las iniciativas de Tokio fue plantear asentamientos demográficos en dos áreas geográficas distintas, una vinculada con inversiones de capitales en la industria salitrera en el norte del país y, otra, relacionada con la piscicultura y la industria forestal en la región austral.

Palabras claves: Japón, migración, colonización, Chile, salitre.

The Japanese migration process in the American continent is examined from Chilean diplomacy, along with two projects on migration from Japan to Chile in 1913 - 1930, analyzing the hardships involved in these arrangements by the Chilean governmental spheres. The relevance of Tokyo initiatives was posing demographic settlements in two distinct geographic areas; one of them connected with capital investments on the nitrate industry in the northern region, and the other related to pisciculture and the forest industry in the southern region.

Key words: Japan, migration, colonization, Chile, nitrate.

I. Introducción

Nuestra investigación apunta a relacionar los informes diplomáticos chilenos procedentes desde Tokio respecto del proceso migratorio que impulsó el gobierno japonés hacia América Latina con el interés demostrado por el imperio japonés por realizar inversiones en la actividad productiva nacional conjuntamente con asentamientos demográficos en su territorio.

En tal sentido, nuestra hipótesis se centra en la percepción y decisión que tuvo el gobierno chileno de sopesar, por un lado, la importancia de la llegada de inversiones de capitales en áreas que, en el caso de la minería salitrera, se manifestaba la creciente relevancia de los capitales extranjeros, anglosajones mayormente, y la escasa atención brindada a un sector, como la piscicultura y la pesca en la región meridional donde los japoneses mostraban

experiencia y tecnología, y, por otro, de acceder a derechos de propiedad y garantías individuales para los súbditos nipones, como lo planteaba el gobierno de Tokio, en un ambiente de xenofobia al elemento asiático –principalmente chino– y considerar la gravitación que iba adquiriendo Japón en el comercio, en lo político y en su expansión militar en Asia y en el Pacífico.

Esta conjetura se debe ubicar en un contexto donde las relaciones diplomáticas entre Chile y Japón no eran tan fluidas en los ámbitos políticos y comerciales, en el lapso entre 1913 y 1930.

Sin embargo, el gobierno chileno estuvo al tanto de las miras japonesas en el tema migratorio como también de los celos que había despertado en otras latitudes –principalmente en el mundo anglosajón–, los que incidieron en las actitudes de Santiago respecto de tratar las gestiones de los asentamientos japoneses en su territorio.

* Resultado del proyecto Fondecyt N° 1180319, año 2020.

** Universidad Católica del Norte. Antofagasta, Chile. Correo electrónico: jagonzal@ucn.cl

*** Pontificia Universidad Católica de Valparaíso. Valparaíso, Chile. Correo electrónico: claudio.llanos@pucv.cl

**** Pontificia Universidad Católica de Valparaíso. Valparaíso, Chile. Correo electrónico: baldomeroestrada6@gmail.com

***** Universidad Católica del Norte. Antofagasta, Chile. Correo electrónico: mlufin@ucn.cl

Para el tratamiento de estos tópicos, es necesario tener una aproximación del flujo migratorio japonés hacia América y los rasgos que caracterizaron a este en su arribo hacia los destinos principales en la época que nos interesa estudiar, México, Perú, Brasil y Argentina¹.

Los estudios acerca de la presencia japonesa en Chile despertaron un interés en la década de 1990. En Chile, se tuvo dos trabajos pioneros en la década de 1990 (Estrada, 1997; Jara, 1994/95, 1999). Empero, en la actualidad, las investigaciones se han concentrado después de la década de 1930, mediante contribuciones de la diplomacia pública, el espionaje en la Segunda Guerra Mundial y la situación de los intercambios comerciales a partir del retorno de la democracia en Chile, en autores como Iacobelli (2016, 2018), Parraguez y Iacobelli (2020), Ferrando (2004) y Ross (2013, 2018).

El periodo que hemos centrado nuestro análisis, no ha sido explorado en nuestro país. En contraste, los estudios relacionados con la migración japonesa en América se han multiplicado en los últimos treinta años, por lo que espigaremos en los que consideramos más pertinentes a nuestros propósitos.

Japón despertó la atención en América Latina, una vez que operó su transformación desde una sociedad feudal a una modernización de su vida urbana, su transformación industrial y las nuevas miras que se planteó como imperio.

Se considera que durante el *bakuhán* (el shogunato y los señoríos), quedaron delineadas las características del Japón moderno, en su “modo de pensar, su escala de valores, su conducta social y sus instituciones públicas” (Laborde, 2011: 118).

La revolución Meiji supuso la transición del Japón feudal hacia el Japón moderno, siguiendo los parámetros de los países occidentales más desarrollados tanto en el ámbito empresarial e industrial como en lo económico, como eran Inglaterra, Prusia, Francia y EE.UU. (Seco, 2010). Los cambios operados en la sociedad japonesa fueron radicales, para el progreso urbano que disfrutó de los beneficios como para el área rural, donde los granjeros fueron empujados al lado de los antiguos marginados (Walker, 2017). Las condiciones en que se debatieron los campesinos, entre la rebelión y la marginalidad, producto del estado de pobreza, sumado al altísimo arrendamiento de las tierras, el forzoso reclutamiento militar –el denominado *ketsuzei* “impuesto de la sangre”–, conllevó a situaciones límites a esta amplia porción de la población nipona, como el infanticidio (Hane, 2017).

Se ha estimado que desde el inicio del reinado Meiji hasta la Segunda Guerra Mundial, la población migrante japonesa alcanzó a 770.000 personas, distribuidos en 370.000 hacia América del Norte y Hawái, 240.000 a América Latina y 160.000 en Asia y otras regiones (Inmigración, 2013: 437).

Respecto de la población inmigrada, es posible puntualizar tres observaciones. Una, la que plantea que la modernización japonesa proveniente desde la civilización occidental, obligada por las circunstancias, quedó asumida de modo artificial, pues la sociedad nipona debió disimular su rasgo esencial como nación, “a deformar nuestro YO para seguir las costumbres de la otra parte”, como lo sostuvo Natsume Soseki, en 1914 (Onaha, 2011, también Cordi-Onaha, 2011, Onaha, 2018).

Una segunda observación nos conduce a la imagen de Japón y su política migratoria analizada desde los gobiernos y opinión pública latinoamericanos. El avance imperialista de Japón en Asia, con la conquista de Taiwán en 1894, la guerra sino-japonesa entre 1894-1895, el triunfo sobre Rusia en el conflicto de 1904-1905, la ocupación de Corea en 1910, fueron muestras que la admiración por Japón, ya erigida como potencia mundial, tuvo esa doble faz, lo económico y lo bélico. La victoria japonesa sobre la Rusia zarista ayudó a forjar “un estereotipo de estos asiáticos”, ha sostenido Cecilia Onaha (2014:4) al estudiar el asentamiento nipón en Argentina.

Elementos que fueron examinados de cerca por el general alemán Karl Haushofer –el principal geopolítico germano del siglo XX–, quien estuvo en Japón (Spang, 2013) antes de la Primera Guerra Mundial, lo que le permitió plantear su tesis doctoral, *Las líneas directrices de la evolución geográfica del Imperio japonés 1854-1919* y, posteriormente, avanzar su trabajo pertinente a los países marítimos y los que estaban encerrados en los continentes, avizorando el rol de Japón a fines de siglo en el dominio del océano Pacífico enfrentando a EE.UU. en el hemisferio norte, mientras en la parte del hemisferio sur se apreciaba un “desierto oceánico”, como lo expuso en su libro *Geopolítica del Océano Pacífico*, de 1924: comenzaba la “Pacific Age” (Khanna, 2019). En su visión, las naciones que desarrollaban su “sentido de espacio” podían crecer y sobrevivir. Ideas que también fueron absorbidas por determinados intelectuales japoneses interesados en la geopolítica. Esta percepción que los países ribereños del Pacífico de la América del

Sur, no gravitaban en nada en el océano, incentivó aún más la mirada nipona como un “área de influencia” en el porvenir. En este lineamiento, se ha hecho notar que, además de seguir el camino de los imperialismos europeos, la política japonesa tendió, en las primeras décadas del siglo XX, a establecer la “Esfera de Coprosperidad de la Gran Asia Oriental, estrategia política que buscaba ejercer un dominio muy amplio en el Este y Sudeste de Asia” (Toro, 2018:14; Iacobelli *et al.* 2016).

El choque de intereses en el Pacífico, entre Japón y EE.UU., fue advertido en 1921 por Kenneth S. Latourette (Puharicova, 2015:25-28), en cuanto que la guerra era casi inevitable, si ambos países estaban pensando que el conflicto debía resolverse por ese medio.

Una tercera observación apunta a delinear cómo se planteó la diáspora japonesa. ¿Qué rasgos idiosincráticos se trasplantaron hacia el continente americano? Se ha señalado que el japonés estuvo sujeto a una lealtad muy fuerte hacia la figura del emperador y con la familia que dejaba. Dentro del espíritu japonés, la acentuación del sintoísmo como religión oficial, que divinizó la autoridad del emperador, se asoció con el deber al Estado y al emperador, una proyección de los deberes y lealtades a la familia, y esto se simbolizaba en que la palabra Estado –*Kokka*– estaba compuesto por los ideogramas de “nación” y “casa” o familia y, en este encuadre, los súbditos eran *kominka*, la transformación en sujetos del emperador, o sea, la ciudadanía era un respaldo al proyecto imperial y no la vinculación étnico-sanguínea (Melgar, 2014:102). Los japoneses, además de exhibir un trabajo arduo en cualquier espacio, desarrollaron una relación étnica de fuertes lazos comunitarios, “de parentesco, de paisanaje, de cercanía geográfica”, que solo cambió cuando terminó la Segunda Guerra Mundial, y se resignaron a llevar a cabo sus proyectos en suelo argentino (Onaha, 2012:84).

Además, la política japonesa emprendió una acción diplomática que, además de establecer relaciones con las naciones latinoamericanas, procuró firmar acuerdos de garantías y de preferencias para sus súbditos que emigraran hacia el Nuevo Mundo.

II. La diplomacia chilena y la migración japonesa en América del Sur

Con la firma del Tratado de Amistad entre Chile y el Imperio de Japón, de 25 de septiembre de 1897,

firmado en Washington, comienzan las relaciones entre ambos países (De Andraca, 2006).

Las gestiones llevadas a cabo por Carlos Morla Vicuña, en la capital japonesa, se centraron en la venta del salitre y en interesar a empresas niponas en la exportación del nitrato de sodio. Gestiones que transformaron a Japón en el principal comprador del fertilizante, exigiendo al gobierno chileno destinar en su representación diplomática, funcionarios aquilatados en experiencias en otras legaciones (Jara, 1999; 2001). Entre 1913 y 1930, las acciones diplomáticas prosiguieron los asuntos que eran preocupaciones prioritarias, la ampliación de las ventas de salitre, restringir la inmigración china hacia Tarapacá y fomentar el intercambio comercial (Pinochet, 1997; Valdovinos, 1996; De Andraca, 2006; Toloza, 2009).

Si se observa la representación diplomática chilena en Tokio, en el periodo que nos interesa, no hay una regularidad en la asignación de los titulares de esta como tampoco en el nivel del cargo, ya que hay designaciones de Ministro Plenipotenciario y Encargado de Negocios en la década de 1920. Y esto se replica para el caso de la representación japonesa en Santiago de Chile.

Si observamos el periodo de 1908, cuando llega Eki Hioki como ministro plenipotenciario, de acuerdo con las memorias del Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile, no hay observaciones acerca de la duración de su ejercicio diplomático, y hubo que esperar diez años, según esta fuente de información, para que Shishita Tatsuke asumiese como ministro plenipotenciario en 1918 hasta 1920, cuando fue destinado hacia Holanda. Entre ambas fechas se consigna a S. Tatsuke como ministro en ejercicio en 1919, a Zoji Amari como encargado de negocios en 1920 y a Saburo Kuruso este mismo año como encargado de negocios, con la observación: “En la Memoria aparece solo que estuvo después de Tatsuke” (AGHMRE, Servicio Diplomático Extranjero). En 1924 Tokio nombró a Sakenobe Nobumischi como ministro plenipotenciario y cuatro años después llega Mori Yasusaburo, con el mismo cargo.

La representación diplomática de Chile ante el imperio de Japón tuvo las mismas vicisitudes.

Alfredo Irrarrázaval Zañatu ejerció como ministro plenipotenciario entre 1911 hasta 1913, y abrió una interesante forma de informar al Ministerio de Relaciones Exteriores; le siguió Francisco Javier Herboso España, en el mismo

cargo, entre enero de 1913 a noviembre de 1915. Un año después asumió Francisco Rivas Vicuña, en noviembre de 1916 a marzo de 1917, con el mismo rango diplomático. Tres años después, en noviembre de 1920, encontramos a Víctor Robles Valenzuela, que renuncia en diciembre de 1922. Le sucede Santiago Ossa, como encargado de negocios a.i. (la información oficial refiere 29 de enero de 1921, la que es contradictoria), y Luis Illanes, en el mismo cargo, en diciembre de 1922. En 1924 asumió Oscar Blanco Viel, como encargado de negocios. En mayo de 1925 Pedro Rivas Vicuña es designado ministro plenipotenciario en Japón y China, a quien le sucede Enrique Gallardo Nieto, en diciembre de 1927 hasta octubre de 1928 (AGHMRE, Servicio Exterior Chileno).

En el desempeño de las funciones diplomáticas, en los años que fijamos nuestro análisis, se destacaron Alfredo Irrarrázaval Zañartu y Francisco Javier Herboso España. Este último no solamente por su sólida formación, amplio conocimiento de varios continentes.

Herboso España, nacido en 1861, de padre peruano y madre española, sus estudios los cursó en Valparaíso, Nueva York y en París. Estudió Leyes en la Universidad de Chile. Fue diputado por varios periodos y se desempeñó como ministro de Justicia e Instrucción. Entre 1886 y 1888 recorrió Europa, Asia y África. Se incorporó al cuerpo diplomático sirviendo en las embajadas de Brasil, EE.UU., Ecuador y finalmente en Japón, donde falleció como ministro plenipotenciario (Reseña parlamentaria s/d). Fue uno de los diplomáticos que pudo introducirse en los círculos políticos y económicos de Japón, donde se definían las acciones hacia ultramar.

En los informes diplomáticos sobre la migración japonesa hacia el continente americano –incluido EE.UU. y Canadá– sobresalió el detallado y lato despacho que redactó Alfredo Irrarrázaval complementado por los de Herboso España –que fueron los más significativos de la década de 1910 y marcaron un enfoque clave en los tópicos tratados regularmente desde Tokio.

En los variados antecedentes que hemos tenido a la vista, se aprecian tres aspectos relevantes de la migración japonesa: a) la tipología de los migrantes japoneses b) los aspectos que rodearon la recepción nipona en los primeros países latinoamericanos y c) el recelo y la xenofobia contra los japoneses.

En el primer aspecto, se deben indicar los nexos que hubo entre el gobierno japonés y el súbdito

migrante. Una primera variante de esta relación fue el japonés que viajó a explorar fortuna en tierras de ultramar y retornó una vez que hubiese ahorrado, eran los denominados *dekasegui* (Thiago, 1971:57). Un segundo tipo fue el japonés como integrante de misiones especiales –encubiertas del gobierno de Tokio– para estudiar los nuevos espacios latinoamericanos, cuyos informes se difundieron deliberadamente por la prensa nipona para estimular la migración, o bien apoyar con intérpretes a los nuevos contingentes, como sucedió en las haciendas cafeteras de São Paulo (Inonue, 2013: 15-17). Un último nexo fue el que estuvo inserto en el engranaje gubernamental-empresarial japonés que hubo detrás de cada flujo migratorio.

Las misiones especiales constituyeron un enigma para los gobiernos latinoamericanos. Herboso España advirtió de esta modalidad, concerniente a estudiar previamente al país. Ya había japoneses en misiones especiales, como un joven que trabajó en Santiago en el banco Specie Bank que “estudió a fondo nuestra industria bancaria”. Refiere que circulan leyendas de “misteriosos japoneses” que viajan por todo el mundo, estudiando, recogiendo información de los países visitados (AGHMRE, 446:1).

Y en lo que atañe a la participación del gobierno japonés en el seguimiento de la migración, los informes de Irrarrázaval Zañartu y Herboso España, manifiestan la asociación del interés gubernamental, el apoyo de las empresas niponas ante los proyectos de asentamientos japoneses en suelo latinoamericano. Esta apreciación fue importante para el gobierno chileno, cuando se ventilen los proyectos de asentamiento nipón. Irrarrázaval comunica a Santiago:

“En el Japón, tiene el gobierno la tuición de la mayor parte de las industrias, vive en íntimo contacto con los hombres de finanzas, es asociado de las grandes compañías de navegación y otras, es, en grande escala, dueño de enormes estensiones (sic) cultivadas de tierras y de bosques, tiene talleres propios para gran número de industrias, estimula, en todos los órdenes de la actividad, la producción y ha hecho, en fin, de su diplomacia la mano derecha de su comercio. Esta organización tan peculiar y única, esta iniciativa del estado en la primera formación de todas las empresas llega a extremos (sic) *que les parecerían incomprensibles a nuestros hombres de*

Estado embebidos en las doctrinas de un individualismo empedernido... la corriente total de emigración ha sido siempre tan sistemáticamente conducida y por qué el Japón ha tenido un éxito tan considerable, en un espacio de tiempo relativamente tan corto, para establecer sus grandes “zonas de influencia”, como las llamaba el Conde Okuma” (AGHMRE, 446:1. Destacados nuestros).

Refiere el diplomático que todas las empresas de emigración son gubernamentales y para saber el porvenir de este éxodo, conviene “averiguar cuál es, al respecto, la mente de los hombres dirigentes de este país”. El conde Okuma, por ejemplo, había escrito en la prensa que América del Sur era el campo de expansión y “que aquellos pueblos deberían quedar sometidos “a la influencia japonesa”. Expresión que causó hondo impacto internacional. La divisa japonesa hacia el subcontinente americano fue repetida por otras autoridades. Irarrázaval apunta:

“El Vicepresidente de la *Toyo Kisen Kaisha*, Sr. Taukahara decía en 1906: “En el Perú, como en la mayor parte de los países de la América del Sur, los gobiernos son débiles y no podrán negarse jamás con energía a aceptar la inmigración japonesa... Un año después, otro de los Directores de la misma Compañía, el señor Shiraishi, se espresaba en los siguientes términos: “Según manifestaron los Ministros y capitalistas del Perú, la inmigración japonesa sería bien recibida si los individuos se establecen a perpetuidad en el territorio... Es necesario, pues, que nuestros emigrantes no regresen al Japón cuando hayan hecho fortuna, sino que deben continuar en el Perú para crear un “*Shin Nihon*” (AGHMRE, 446:1).

La idea del *Shin Nihon*, o nuevo Japón, había sido lanzada ya en 1906 en un estudio titulado *La situación presente de la inmigración en el Perú*, donde se proyectaba que Perú podría ser el segundo Hawai.

En Brasil, en 1927 la Tozan Kogyo, subsidiaria del grupo Mitsubichi, adquirió haciendas de café y ganadería—escribe Thiago Cintra— e incluso intervino en las finanzas y en el comercio exterior brasilero

(Thiago, 1971: 63). Laborde confirma aquello, al indicar que la Federación de Migración de las Sociedades Cooperativas fue la agencia encargada de la migración hacia Brasil, establecida por ley en marzo de 1927, cubrió cerca del 90% de las prefecturas de Japón (Laborde, 2006).

La migración voluntaria quedó sujeta a determinadas redes familiares o de conocidos. Constituyó la modalidad del *Yobiyose*, es decir, “por llamado”, donde familiares y amigos cercanos quedaban avalados por un japonés residente, que se hacía cargo de la manutención y conseguir el contrato de trabajo (Vilches, 2016: 109). Para Inonue (2013), el japonés, por lo común, viajó solo sin su familia y realizó diversos oficios y profesiones: policías, profesores, obreros, monjes budistas, obreros, tipógrafos.

En el caso de Perú, los japoneses primogénitos no viajaron, pues “estos eran herederos únicos o mayoritarios de las tierras, los bienes y los capitales familiares” (Melgar, 2016: 305 nota 8). Los especialistas Takashi Machimura y Eichiro Azuma (2004) han distinguido en los procesos migratorios nipones hacia América tres clases de personas. Los *imin*, los migrantes económicos, procurando laborar en la pesca, agricultura o servicios y, después de ahorrar, retornar a Japón; los *hi-imin*, el denominado personal calificado, que estaba compuesto por empresarios, inversionistas, diplomáticos, estudiantes y los asignados a misiones especiales fueren estatales o comerciales y, los *shokumin*, que eran propiamente tal los colonizadores, apoyados para asentarse en nuevos territorios y acrecentar las zonas de influencia del imperio.

El segundo aspecto giró en torno a la cuantificación demográfica de la diáspora japonesa, la clase de contratos y condiciones de vida de los japoneses en el continente americano. En su clásico trabajo, Masterson y Funada-Classen, sostuvieron que la llegada de los nipones a México y Perú obedeció:

Japanese immigrants went first to Mexico and Peru in the late 1890s because these nations had demands for cheap manual labor that were not being met by the native population and, particularly in the case of Peru, no longer by the Chinese (Masterson y Funada-Classen, 2004:17).

Empero, en el lapso entre 1899 y 1908, 155.772 japoneses optaron por asentarse en Canadá y EE.UU., en contraste con los 18.203 que eligieron naciones

latinoamericanas (Masterson y Funada-Classen, 2004:11). Perú sumó 6.315, México 2.958, Brasil 781 en 1908.

Si se observa, en términos comparativos, la población japonesa emigrada hacia América Latina, de acuerdo con las fuentes del Ministerio de Asuntos Exteriores de Japón, en el periodo temporal que nos abocamos, tenemos que tres países latinoamericanos presentan un crecimiento fuerte pero no continuo: México de recibir 10.963 en el lapso 1901-1910, descendió a 465 en el periodo 1911-1920 y retomó levemente –con 2.131– entre 1921 y 1930; con variantes es lo que se observa en Perú, en estas tres fases: desde 7.146 pasó a 12.232, entre 1911-1920, hasta tener en el transcurso de la década de 1920, 9.172. Brasil exhibió el crecimiento más sostenido: de 1.714 en 1901-1910, acrecentó a 26.947, en el siguiente, para contar con 70.914, en el periodo 1921-1930 (Laborde, 2006:513).

La atención de Tokio por las condiciones que aguardaban a sus migrantes en América Latina, motivó un giro en su política. El fomento de la migración japonesa bajo las administraciones de Taishô, entre 1912-1926, y de Shôwa, desde 1926 a 1929, afectó a braceros bajo contrato, colonos agrícolas y emigrantes independientes (Ávila, 2006).

La experiencia en Perú le permitió a Tokio corregir lo realizado, principalmente en la no intervención directa del gobierno en la materia.

Perú fue el primer país que abrió las relaciones con Japón en 1873. Los contactos entre Japón y Perú se formalizaron, precisamente, por la intervención de los navíos japoneses en trasladar *coolíes* hacia la nación sudamericana, sea para las haciendas o para trabajar el guano en sus costas. Recién en 1921, el Imperio japonés designó un diplomático residente ante el gobierno de Lima (Gardiner, 1975; Lausent-Herrera, 1991).

Los japoneses en Perú se constituyeron rápidamente en una colonia importante. Empero, los bajos salarios en las actividades agrícolas los condujo a las ciudades. Los contratos que los habían traídos, fueron variables,

“Cuatro años en un primer momento y posteriormente dos y aun solo seis meses. Terminado el contrato, el trabajador japonés quedaba libre para firmar uno nuevo o para abandonar la hacienda” (Morimoto y Araki, 2004:253).

Para Irarrázaval Zañartu, el aporte demográfico europeo había culminado. Reconocía que ya no era posible la emigración europea, pero podía aportar capitales y los asiáticos la mano de obra, ya que el continente americano necesitaba poblarse. En esa perspectiva, consigné las gestiones de México, Perú y Brasil de dar ventajas al elemento japonés. Y los japoneses organizaron las empresas para esta movilidad humana: la *Oriental*, que hace los viajes a Perú, Brasil y México; la *Takemura*, dedicada exclusivamente a los cafetales de Brasil y la *Morioka*, exclusiva para la emigración a Perú.

La mirada holística del estudio de Irarrázaval Zañartu, permite justipreciar las acciones gubernamentales latinoamericanas y los factores que estaban favoreciendo la inserción nipona en la sociedad local como también aquellos elementos que no se acomodaban a la tradición nipona. En su concepto, en la emigración hacia Perú no había un problema étnico, pues no hay una uniformidad racial, y los japoneses se encargan de las actividades agrícolas recibiendo del gobierno de Lima los accesos a la educación y, a los dos años, la ciudadanía y todos los derechos constitucionales. El fracaso de la presencia nipona en Argentina era para Irarrázaval los sistemas de cultivos, pues, “el japonés está habituado a la subdivisión del suelo, al trabajo minucioso y en escala reducida; a la vida en común, en medio de una población densa” (AGHMRE, 446:1).

Brasil ofrecía las condiciones más beneficiosas para el japonés, que rápidamente se acomodó en el campo como en la urbe.

Las tratativas de Tokio con gobiernos latinoamericanos, preocuparon al gobierno chileno, cuando se percató de gestiones llevadas a cabo con países limítrofes. Al despuntar el año 1920, el Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile reprochó a su diplomático en Tokio por ser inactivo en sus diligencias ante las autoridades japonesas. El motivo fue la compra de grandes extensiones agrícolas en el sur de Bolivia, que fue promovido por un senador boliviano de Tarija, O’ Connor Darlach, con un grupo de japoneses de Argentina. Igual gestión se verificó en Perú, iniciada en 1917 por la Cía. Central de Emigración, la *Kogyo Kabushiki Kaisha*, y que se consideró fracasada (AGHMRE, 837: 1).

Hacia fines del siglo XIX hubo esfuerzos por parte de Japón y Brasil de ultimar acuerdos para el traslado de familias japonesas hacia el continente americano. Ya en 1892, Brasil legisló para atraer una inmigración tanto japonesa como china

(Gramss, 2002: 65). En 1895 se firmó el tratado de amistad entre ambos países. Se ha considerado que los acuerdos entre EE.UU. y Tokio de 1908 para impedir que los japoneses llegaran a México y lo usaran como puerta de acceso a EE.UU. favoreció a Brasil (Galeana, 2014; Ota, 1997; Arroyo, 2009).

Entre 1908 y 1940 aproximadamente 190.000 japoneses, hombres, mujeres y niños, cruzaron el océano Pacífico para arribar a Brasil (Lone, 2001:2).

En el caso de la migración nipona hacia Brasil, con la apertura de São Paulo en 1907 al arribo de japoneses, se ha estimado que se “inauguraba oficialmente la inmigración japonesa al Brasil” (Thiago, 1971: 59). El japonés, después de los avatares de adaptabilidad en suelo brasileiro, desplegó diversas iniciativas, en la vida en la hacienda, en el área rural, el asiento como terrateniente y la vida urbana.

En el proceso migratorio japonés en Brasil se ha podido distinguir, en lo que nos interesa destacar, distintas fases. Para Thiago, el primer periodo hacia San Pablo se verifica entre 1908-1925, mientras Stewart Lone puntualiza un primer momento de la “llegada” entre 1908-1919. La segunda etapa para Thiago transcurre entre 1926 y 1941 y fue de protección oficial del gobierno japonés. Este corresponde para Lone un segundo momento, el “asentamiento”, en los años 20, cuando el proceso es parte de la política nacional del gobierno japonés.

El tercer aspecto nos sitúa ante las reacciones adversas a la presencia japonesa en tierras americanas.

Desde la visión anglosajona, la fuerte inmigración japonesa en las islas de Hawai y el arribo de contingentes en Canadá, no solamente provocó la promulgación de normas restrictivas para el ingreso nipón sino una corriente de opinión de xenofobia, que coincidió con la sinofobia, haciendo coincidir una uniforme interpretación racista del mundo asiático. Estas actitudes fueron replicadas en América Latina.

El camino de los *Nikkei* –migrantes japoneses que se fueron de Japón entre fines del siglo XIX y antes de la Segunda Guerra Mundial– no fue fácil.

Fue un marco de época que hizo coincidir diversos factores, desde el racismo y el “peligro amarillo”, acuñado en 1895 en Alemania, la recepción del darwinismo social en los debates políticos y defensa del trabajo de los nativos –fuesen anglosajones o latinoamericanos– ante el además japonés en su vida cotidiana y en la laboral. Los recelos hacia los japoneses también se originó por la capacidad organizativa demostrada en su programa

de reubicación de sus excedentes demográficos (obediencia, voluntad, organización, planeación, orden y proyección), que para Eizaburo Okuizumi, originó “una especie de histeria que se expresó en reacciones nativistas contra los recién llegados” (Laborde, 2006: 156).

El ambiente antijaponés fue advertido por Eki Hioki, encargado de negocios de Japón, con asiento en Santiago de Chile, en su visita a Buenos Aires en 1910. Aquello no impidió la concreción de emprendimientos japoneses en Argentina, proyectos de colonizadores agrícolas en 1912 y 1916 (Onaha, 1997). Posteriormente, se añadieron otros factores, cuando los japoneses irrumpieron en las instalaciones de tintorerías que despertó recelos y competencias con los establecimientos nativos, además el rasgo característico nipón en toda América: los trabajadores nipones fueron renuentes a involucrarse en huelgas (Gómez, 2011; Onaha y Gómez, 2018). En Colombia, la situación racista contra los japoneses fue avalada por la Academia Nacional de Medicina, pues el contacto nipón con población nativa, mezclada con negros e indígenas, ya “degenerada”, ahondaría más la “catástrofe” poblacional, incluso en la década de 1920 estudiantes de la Universidad Nacional de Bogotá protestaron contra esta inmigración nipona (Hincapié, 2016: 407). En 1929, un excónsul colombiano en Yokohama, Dr. José Macia, en una extensa entrevista, describió a Japón como un país corrupto en política, lleno de defectos –“plagados de taras atávicas”– al que debía impedirse su ingreso por ser “elementos débiles e inferiores” (AGHMRE, 1170: 1).

El problema del racismo en Perú, respecto de chinos y japoneses, fue asumido de modo diverso. Como observa Melgar Tisoc, la amarillitud no fue rechazada por los chinos, debido a que, siguiendo a Michel Keevak,

“El grupo étnico mayoritario del país, los *han*, tienen como antepasado mitológico al Emperador amarillo, así como el Río Amarillo, es la principal fuente lacustre del país y, desde tiempos antiguos, el amarillo es considerado un color auspicioso en ese país” (Melgar, 2020:161).

La xenofobia alcanzó ribetes preocupantes en Perú. En 1917 se fundó la Liga Anti Asiática de Lima, donde los pequeños propietarios replicaron las acciones norteamericanas de 1907 para defender

su fuente de trabajo. En 1924 se restringió el ingreso de japoneses en Perú, acrecentando el recelo contra el extranjero asiático (Melgar, 2014).

Los diplomáticos chilenos Alfredo Irarrázaval y Francisco Herboso refutaron el ambiente racista y antijaponés. Para Irarrázaval, la argumentación racista/laboral esgrimida por las autoridades anglosajonas escondía las verdaderas razones ante el avance nipón.

En 1909, prosigue Irarrázaval, el 45% de la población de Hawái era japonesa. Además de esta preponderancia, los japoneses tenían un modo de vida distinto:

“Las necesidades limitadas del obrero nipón, su vida modesta, apartada y sobria, lo colocaron en situación ventajosa para luchar con su rival blanco. El japonés aceptaba trabajar por salarios inferiores, no organizaba huelga ni tomaba participación en ellas. Los sindicatos se alarmaron” (AGHMRE, 446: 1).

A su juicio, esta resistencia a la presencia japonesa:

“Obedece exclusivamente a propósitos económicos e industriales. Estas corrientes adversas han buscado, como ocurre siempre que los hombres necesitan justificar las exigencias desmedidas de su propio interés, razones más altas, emblemas más generosos que despierten a su alrededor generales simpatías y disimulen el fondo utilitario y egoísta, injusto ante el derecho, de sus pretensiones.

No era posible que los sindicatos obreros de los estados Unidos, del Canadá o de la Australasia se limitaran a declarar abiertamente que ellos resistían la emigración nipona en nombre de la necesidad tiránica de mantener altos sus propios salarios” (AGHMRE, 446: 1).

Peor era la reacción que se tiñó de ideas “relacionadas con la conservación de la raza. De este modo se hacía más difícil para los patrones cualquier resistencia, la razón pública primaba y la nación entera se ponía de parte de los sindicatos”. Con ello, se erigía una injusticia enorme y una violación al derecho internacional.

A Irarrázaval, durante su gestión, le inquietó el sentimiento antijaponés en Chile, “que había tenido también en la prensa un eco poderoso”, siendo rechazado por hombres representativos de la sociedad, lo que movió en julio de 1910 al ministro de Relaciones Exteriores japonés, conde Komura, de indicar que el recelo del pueblo chileno no tenía asidero pues Japón buscaba estrechar los lazos comerciales y de amistad, concluía este extenso informe de Irarrázaval Zañartu.

En 1924 la situación del excedente demográfico japonés quedó resuelto para el gobierno de Tokio: América del Sur no era otra alternativa de destino para su emigración, sino la única opción. A fines de este año, el gobierno japonés organizó una comisión especial, que debía llegar en enero de 1925 a Chile, y cuya finalidad era realizar un viaje de estudio –iba como integrante un doctor especialista en enfermedades tropicales– con la finalidad de acrecentar el comercio, coincidiendo con el fuerte presupuesto asignado a la emigración. El diplomático chileno en Tokio, registró:

“Sobre el peligro de la inmigración amarilla cuyas cualidades inferiores de raza son manifiestas i constituyen una amenaza para países cuyas características étnicas e ideológicas son diametralmente opuestas i especialmente con las del pueblo japonés que a pesar de haber adoptado la cultura occidental conserva las antiguas prácticas i costumbres de sus viejos i caducos principios morales i sociales” (AGHMRE, 986: 1).

Estas expresiones iban acrecentándose en nuestro país, por la preferencia de proyectos de colonización europea y por la recepción (Acevedo, 2018) y difusión de ideas conexas al darwinismo social que alcanzó a influenciar decisivamente la política migratoria chilena durante la dictadura de Carlos Ibáñez del Campo. El oficio número 12, de 16 de diciembre de 1927, del ministro de Relaciones Exteriores, Conrado Ríos Gallardo, definió con claridad cuáles eran los extranjeros indeseables y los que constituían razas inferiores, ambos perjudiciales para la población chilena (González, 2020).

En Brasil, que había sido la tierra prometida para el japonés, en 1929 hubo masivas protestas contra la inmigración japonesa, que impidieron la salida de 15.000 nipones hacia el valle del Amazonas (AGHMRE, 1170:2).

Enrique Gallardo Nieto, el diplomático chileno en Tokio, de los últimos años de 1920, reparó significativamente en la ofensiva diplomática nipona por procurar espacios en América del Sur, debido a que el país crecía en razón de un millón de japoneses anuales, como lo demostraba la estadística de 1927-1928, por lo que acrecentó el presupuesto de migración en todos los ministerios, “a pago de pasajes, subvenciones a sociedades de emigrantes, vigilancia y protección de los mismos en el extranjero y préstamos a empresas japonesas en el exterior”, y la difusión de las teorías raciales del Dr. Adachi, profesor de Antropología en la Universidad de Tokio, ahora en alemán, demostrando la “superioridad de la raza japonesa en relación a las de Occidente” (AGHMRE, 1170:3). El gobierno de Tokio dispuso, en junio de 1929, encomendar otra misión de técnicos y empresarios hacia Brasil y Argentina para estudiar “las condiciones en que pueden estar los emigrantes japoneses” (AGHMRE, 1170:3).

Frente a esta febril actividad japonesa, Gallardo Nieto sostuvo la conveniencia en “procurar un acuerdo entre los países sudamericanos para fijar la cuota máxima de emigrantes nipones, evitando con tiempo roces internacionales cuya consecuencia es difícil calcular” (AGHMRE, 1170: 3). La sugerencia fue anotada en la cancillería chilena como “muy interesante”. Esta misma orientación se trasladó en septiembre de 1929, de restricción de la “emigración amarilla...fije máximum obreros amarillos entren salitreras” (AGHMRE, 1171: 1).

No obstante, el prestigio industrial y el poderío militar japonés quedaron latente en la mirada diplomática chilena. Después de la Primera Guerra Mundial, Japón fue visto desde otros ángulos, ahora, asociado a su ingreso como potencia mundial. Ya había hecho manifestaciones de su fuerza diplomática en 1914. No dejó pasar las afrentas, cuando llegó a una tirantez muy fuerte con EE.UU., y con México, manifestó su distanciamiento por un motivo protocolar (AGHMRE, 472A: 1).

La conclusión de la Primera Guerra Mundial reforzó el papel japonés entre las naciones victoriosas, lo que para el gobierno de Tokio, “la actividad mundial se concentrará en Asia...acentúa vigorosamente los propósitos del Japón como potencia **continental**” (AGHMRE, 514:1. Destacado en el original). Tampoco pasó inadvertido para Francisco Rivas Vicuña, a cargo de la Legación, las expresiones del jefe de gobierno, mariscal conde Terauchi, de mantener la “paz de Extremo Oriente,

cuya conservación es el deber del Japón. Somos responsables de la paz en esta parte del mundo” (AGHMRE, 725:1). De igual forma, informaba nuestro ministro en Tokio, que en la proyectada Liga de las Naciones, Tokio buscaba que en su programa incluyera “la igualdad de razas”, frase que se atribuía al embajador japonés ante Washington (AGHMRE, 760:1).

La diplomacia nacional puso énfasis que la población japonesa, “con su inquebrantable adhesión al Emperador, adhesión que está en el fondo del alma nacional”, Japón iba avanzar hacia el progreso social (AGHMRE, 656: 1). La figura del emperador, según la Constitución, era persona sagrada e inviolable y solo él podía modificar la carta política. La tradición se proyectaba en una institución, que no estaba en la Constitución ni en la ley, *Genro*, compuesto de cuatro ancianos, que “habían tomado parte en el movimiento que devolvió al Emperador la autoridad que en su nombre ejercitaba el Shogun”, y que se reunían cuando había crisis, tomaban una postura y se lo hacían saber directamente al emperador (AGHMRE, 938: 1). *Genro* significaba, al decir de Enrique Gallardo Nieto, “hombre de reconocido talento”, informaba al Ministerio en julio de 1929 (AGHMRE, 1170: 6).

III. Los japoneses en Chile: de las misiones de estudios a los proyectos de colonización

III.1. La misión hacia el norte de Chile: entre la inversión salitrera y los trabajadores nipones en régimen especial

En 1913 se manifestó por parte de autoridades japonesas el interés por invertir en oficinas salitreras conjuntamente con un flujo de operarios japoneses destinados a trabajar en Tarapacá o Antofagasta. El director gerente de la Compañía Oriental de Emigración, Sr. Kamiya, le planteó al diplomático Irrarázaval Zañartu:

“Probablemente tendría éxito completo una oficina salitrera chilena que se entendiese directamente con una empresa de emigración la cual se encargaría de reunir, tomándolo de las localidades más apropiadas del Japón, un personal completo de operarios, mayordomos, etc. Esta faena iría a cargo de un empresario responsable ante la Sociedad Salitrera. El buque japonés

que condujera a estos contingentes llevaría, al mismo tiempo, todos los elementos necesarios para organizar el campamento de los trabajadores en la Pampa. La Compañía de Inmigración se comprometería a mantener sobre el terreno un número fijo de operarios, a repatriar a los inútiles, a los que hayan cumplido o a los que resignan sus contratos y a reemplazarlos por otros individuos” (AGHMRE, 446:1).

En opinión de Irrarázaval, el mejor medio para que el japonés se trasladara y trabajara de modo satisfactorio, era que se estableciera en Tarapacá: “salitreras japonesas con capital japonés, con empresario, con obreros, con ciudad japonesa”. Proyecto cuyas dificultades eran más de forma que de fondo. Empero, el ambiente nacional respecto de los extranjeros conspiraba a entregar las garantías a la inmigración japonesa. A lo que se sumaba la inclinación empresarial de los salitreros por contratar a chilenos, que justipreciaban eran los mejores en estas labores.

Irrarázaval reconoció en el japonés algunos rasgos que producirían inconvenientes en su aclimatación:

“No olvidemos que si el trabajador japonés no puede vivir según sus costumbres, dirigido por jefes y mayordomos de su nacionalidad, libre de agresiones, ajeno a toda competencia, ni a nosotros nos conviene traerlos ni el gobierno imperial facilitará su inmigración a la zona salitrera” (AGHMRE, 446: 1).

Las informaciones de la posibilidad de la inmigración japonesa en 1913 despertó las reticencias cuando no el rechazo de los miembros de la Sociedad de Fomento Fabril, registrada en una encuesta realizada en septiembre. Su posición asumía la incidencia de la inmigración japonesa en EE.UU.:

“La mayoría de las opiniones rechaza esta inmigración, a pesar de sus ventajas económicas, por razones de orden social y político: el japonés no se refunde con nuestra raza i conserva siempre a donde va sus costumbres i su idioma, i, por este motivo, la inmigración japonesa constituye

un verdadero peligro, como ocurre en San Francisco de California” (Sociedad, 1913, 1010).

En el norte salitrero, la resistencia hacia los asiáticos era un factor a considerar (Galdames, 2001/2002; Díaz, 2006; Montt y Palma, 2017).

Las actividades de la compañía naviera Toyo Kisen Kaisha en 1914 –asociada en Chile con la Casa Grace & Cía–, según denunciaba el cónsul chileno en Hong-Kong seguían siendo no tan transparentes con la migración china hacia Tarapacá; sin embargo, para la Legación diplomática y los cónsules chilenos consideraban, “que no es posible prohibir en absoluto la ida de algunos chinos a Chile” (AGHMRE, 514: 2). Esto no era obstáculo para proseguir con las gestiones para contar con una línea de navegación directa entre Hong Kong y Chile, que haría escala en Iquique-Hong Kong-Melbourne, combinando salitre, mercaderías y carbón (AGHMRE, 725:2). En 1917 se logró insistir ante el gobierno chino de la entrada del salitre a su mercado. Francisco Herboso había zanjado la valla china, que consideraba al nitrato como contrabando de guerra, al reconocerlo como abono y artículo de comercio (AGHMRE, 656: 2). Reputar al salitre como explosivo, había surgido del convenio entre el gobierno británico y chino respecto del régimen de aduana de Hong Kong. Debió terciar Rivas Vicuña ante los británicos para levantar esta restricción. Pero surgieron las trabas burocráticas chilenas de autorizar al diplomático acreditado en Tokio para que presentaran sus credenciales ante Pekín. El descubrimiento de abono azoado en China y el progreso de la industria siderúrgica de Japón, pronosticaba, iban a dificultar el ingreso del salitre a futuro (AGHMRE, 828:1).

En marzo de 1920 el diplomático Francisco Rivas Vicuña informó que Japón envió una comisión de ingenieros japoneses a estudiar las minas nacionales. Le cupo a él gestionarla posiblemente en 1916, cuando la comisión “hizo repetidos viajes a Chile desde entonces”, y a Bolivia, pues él, en “un deber de compañerismo”, puso al tanto al representante de La Paz en Tokio, concretándose viajes de esta comisión en Bolivia (AGHMRE, 837: 1).

La noticia de Rivas Vicuña guardaba relación con la presencia nipona en el país. El censo de 1920 arrojó que la población total japonesa en el país, 557 personas, era ínfima en el aporte de extranjeros, pero sí llamaba la atención que la mitad

de los nipones estaba asentada en las provincias salitreras: en Tarapacá 103, en Antofagasta 165. Las cifras confirmaban una situación ya observada en el censo de 1907, cuando se contabilizó el ingreso de 103 japoneses directamente desde Japón y de otros 20 provenientes desde Perú, entre ellos Heisuke Senda, considerado el “padre de la inmigración japonesa” (Masterson y Funada-Classen, 2004:48), totalizando para 1907, 209 japoneses, 98 en Tarapacá y 55 en Antofagasta (Memoria, 1907). Perú era una fuente de la migración japonesa en Chile (Ferrando, 2004).

Ya entrado el año 1920 se tuvo noticia del recorrido por Chile de una comisión de “ingenieros de sindicatos japoneses con el propósito de establecer usinas”, denunciaba el ingeniero Santiago Marín, en un ambiente de cuestionamiento a la desnacionalización que vivía el país en sus industrias del salitre y del cobre (Marín, 1920: 16). Los datos y conclusiones acerca de las diligencias de la Comisión no fueron cubiertos por nuestros diplomáticos en Tokio.

A principios de 1929, diez japoneses ingresaron por Iquique y Arica a Chile con destino hacia Bolivia. Hubo preocupación por este eventual ingreso ilegal, pues el representante en Tokio, Enrique Gallardo Nieto, llamó la atención a que uno solo llevaba pasaje hasta Iquique y si “en realidad se han quedado en Chile” (AGHMRE, 1170: 3). También despertó suspicacia en las representaciones chilenas en Asia, la situación que inmigrantes chinos hacia Perú estaban obteniendo la ciudadanía para pasar a las salitreras de Tarapacá, bajo el convenio suscrito entre Santiago y Lima para el empleo de peruanos en las faenas calicheras (AGHMRE, 1170: 4).

El retorno del interés nipón por invertir aconteció en 1929. Se trató de un importante comerciante, Genzo Takeshima, director de la Cámara de Comercio de Osaka, la capital industrial de Japón, que otorgó poderes al secretario de la Legación en Chile, Masamoto Kitada, “para hacer estudios preliminares y firmar solicitudes ante ese Gobierno en cualquier asunto minero”. No obstante, se frustró esto, al informarse por la Legación en Santiago de la resistencia nacional por la inmigración japonesa (AGHMRE, 1170: 7). Definitivamente, la gestión de Takeshima fracasó, al no obtener apoyo gubernamental y decidir Tokio producir su producción de abono fertilizante (AGHMRE, 1216: 1).

III.2. La mirada nipona a las tierras meridionales: entre la contratación empresarial y el interés por la pesca y la potencialidad forestal

En el ya comentado estudio de Irrázaval Zañartu, de 1913, se planteaba, a diferencia del programa salitrero, las condiciones favorables para la inmigración en el centro-sur del país. Con relación a esta se tenía la experiencia de la incorporación de japoneses en las actividades agrícolas. Irrázaval trajo a colación dos experiencias al respecto:

“Hace algunos años estuvo en el Japón el Sr. D. Manuel Bunster y contrató para su fundo El Verjel, situado en Angol, un cierto número de familias de agricultores y carpinteros nipones. Hizo fabricar aquí, para llevarlos con ellos, algunas de esas sencillas y risueñas casas de madera, con ventanales de papel blanco, que los japoneses habitan y mandó esta gente por uno de los vapores de la *Toyo Kisen Kaisha*. A la llegada de estos al país, el Sr. Bunster, personalmente, se adelantó a recibir a los inmigrantes, y, cuidando de que nada les faltara, los instaló en su preciosa propiedad, modelo, de las vecindades de Angol.

El Sr. Fernando Rioja, conocido industrial español radicado en Chile, acaba de contratar en el Japón un cierto número de jardineros, carpinteros y horticultores japoneses sobre las bases mismas anteriormente ajustadas por el señor Bunster ...ofrecer al inmigrante todas las comodidades necesarias para hacerle grata la permanencia y fácil la aclimatación en Chile. Además, el trabajo a que iban destinados era uno de aquellos en que los japoneses son más eximios: la arboricultura” (AGHMRE, 446: 1).

Es importante puntualizar que bajo el alero de Manuel Bunster desarrolló sus actividades Suego Sone Kuriche, un ingeniero agrónomo japonés llegado a Chile en 1917 y, más tarde, dos profesionales, Iutsio Itakura, un agrónomo, y Katsuyoshi Morioka, químico (Estrada, 2004). Empero, se ha puntualizado que hubo otro grupo de japoneses previamente en el fundo San José, donde trabajaron Tomás Kenjiro Mochizuki y Kokichi Kanamori (Núñez-Silva, 2002).

La región de Valparaíso atrajo a un significativo segmento de japoneses, que se incrementará después de la crisis salitrera de 1930. En todo caso, la colonia japonesa no superó la cantidad de 1.000 personas (Takeda, 2002).

Irarrázaval abogó con rotundos argumentos a favor de esta inmigración, que beneficiaría al país en diversos ámbitos. Escribe al ministro de relaciones exteriores:

“Las familias traídas en tales condiciones establecerían también en Chile, la industria de la seda, llamada a tener, gracias a las características tan favorables de nuestro clima, fácil desarrollo en nuestro país. El trabajador japonés, que llegara en tales condiciones a iniciar industrias que son apenas conocidas entre nosotros y que tienen consumo ilimitado en el mercado del mundo, no importaría, ciertamente una amenaza para el obrero nacional chileno; por el contrario, esta inmigración nos traería, para todos, el abaratamiento de la vida por la arboricultura, la horticultura y, muy especialmente, por la avicultura. Nos traería, además la difusión del conocimiento de estas artes agrícolas entre nuestros campesinos que aprenderían, además, hábitos de higiene y otros que les hacen falta y que los japoneses poseen en alto grado” (AGHMRE, 446: 1).

En opinión de Irarrázaval, cabía otra opción muy relevante donde aprovechar la capacidad nipona: que se incorporase a la colonización austral aportando su experticia en la pesca y en la piscicultura. En La Frontera, donde había grandes extensiones de terreno, podía contribuir con los procesos de grandes siembras, el empleo de maquinaria agrícola y la crianza en campo libre. El problema que se planteaba para nuestro diplomático era de justicia y ético: no estaban regularizados los terrenos, mientras se expulsaba –“de modo bárbaro”– a los indígenas y colonos nacionales en favor de los extranjeros. Y esto apuntaba a la acción del Ministerio de Relaciones Exteriores y Colonización, desde 1871. La complejidad del tema territorial, donde las irregularidades de las ventas entre particularidades, la entrega de tierras fiscales a colonos, la situación de las tierras indígenas, donde lo ilícito se estaba imponiendo con valoraciones racistas (Almonacid,

2009), conllevó a postergar una posición oficial de Chile al interés japonés.

Y, por último, el vasto territorio desde la isla de Chiloé hacia Cabo de Hornos, era el más propicio de entregar a la colonización japonesa –un país pescador por excelencia y que ha desarrollado la piscicultura ampliamente–. Una actividad descuidada esos años en Chile (Camus y Jaksic, 2009). Irarrázaval expuso las consideraciones económicas y geopolíticas:

“La colonización con familias pescadoras y agricultores japonesas, en nuestras islas del sur, es un problema de trascendencia capital, que no ofrece sino ventajas, porque, dígame lo que se quiera, esta colonización no envuelve, para nosotros, en el porvenir, ningún peligro de carácter político porque el Japón está demasiado lejos para constituir en ningún tiempo una amenaza. Tiene, además. Este Imperio sobrados problemas propios, cerca de su casa y nada ganaría con venir tan lejos a crearse nuevas dificultades” (AGHMRE, 446: 1).

Advertía Irarrázaval que era la ocasión para reglamentar la pesca, para no repetir lo que acontecía con los barcos noruegos, que explotaban libremente el mar. Igual opinión sostuvo Herboso España.

En la penetrante visión de Irarrázaval Zañartu acerca de las relaciones internacionales, lamentaba que “no haya propiamente en Chile ni funcionarios ni oficinas administrativas a las cuales corresponde ocuparse en el estudio de estos problemas. Así se explica que la producción nacional vaya cada año decreciendo sin que se encuentre quién pueda levantarla”. Un factor que contrastaba con Japón que contaba con el Ministerio de Agricultura y Comercio y con la Sección Comercial del Ministerio de Relaciones Exteriores.

Es muy posible que las apreciaciones de Irarrázaval Zañartu, críticas por el rol del Estado chileno en materias económicas y por la estructura del Ministerio de Relaciones Exteriores, hayan influido en el término de sus funciones diplomáticas, como lo deslizó en su informe de enero de 1913 (AGHMRE, 446, 1).

El diplomático japonés Eki Hioki visitó Chile y a fines de julio de 1914 retornó a Japón. Las noticias satisfactorias del país repercutieron entre los capitalistas japoneses para la suscripción de las

acciones en la compañía de pesca que se pensaba instalar en Chile. Hacia fines de agosto viajó el presidente de la sociedad Juro Oka hacia Chile con tal propósito (AGHMRE, 472A: 2).

Dentro de la ofensiva diplomática-migratoria de mediados de 1929 –que hemos indicado en líneas superiores–, se enmarcó el viaje a Chile de Taichiro Nishizawa, director de la Sociedad de Inmigración de Shinano, que mostró sumo interés en estudiar las expectativas que ofrecía Chile a los inmigrantes:

“Se interesó especialmente en saber si había dificultades en nuestro país para vender terrenos a los extranjeros, terrenos que fueran de mil, dos y tres mil hectáreas. Igualmente inquirió noticias sobre los impuestos que gravan la propiedad” (AGHMRE, 1170: 1).

En los primeros meses de 1930 se cerró el capítulo de la colonización japonesa en el sur de Chile. El gobierno chileno había decidido impulsar la colonización de Aysén por chilenos (AGHMRE, 1216: 1). En ese año, el Ministerio de Relaciones Exteriores japonés expuso, nuevamente, “establecer una colonia de inmigrantes japoneses en Chile, competentes para las labores agrícolas”, empero, a la negativa de Santiago se sumó la falta de apoyo financiero del Ministerio de Hacienda (AGHMRE, 1216:2).

La crisis económica mundial motivó el gradual traslado de japoneses hacia el centro del país, pues ya el censo de 1920 demostró que en la provincia de Aconcagua (hoy región de Valparaíso) se habían establecido 78 japoneses.

IV. Conclusión

Las relaciones entre Chile y Japón discurrieron entre 1912 y 1930 en torno a tres problemáticas: la promoción del salitre conjuntamente con la inquietud

del papel desarrollado por las compañías navieras japonesas en el traslado de migrantes chinos; la mirada de la diplomacia chilena por el proceso migratorio nipón en América Latina y, por último, los proyectos japoneses para invertir en las actividades productivas conjuntamente con gestiones migratorias de colonización japonesa en la pampa salitrera y en la zona centro-sur.

Se debe destacar el papel jugado por los diplomáticos chilenos, entre otros, Alfredo Irarrázaval y Francisco Herboso, que pudieron orientar al gobierno de las opciones respecto de la migración japonesa. Un rol, donde los despachos rigurosos, en el cotejo de las fuentes de información, comúnmente no se reconoce como el principal insumo de la política internacional, en sus variados asuntos.

El Estado chileno siguió con detenimiento los asentamientos japoneses en el continente americano y no pudo sustraerse que sus diplomáticos y el gobierno sopesaran las ideas ambientales del darwinismo social referidas a razas inferiores, que discurrieron en todo el continente, y la gravitación que tenía Japón en el nuevo escenario mundial, post-Primera Guerra Mundial, para poder acoger las atractivas inversiones y la presencia nipona, en un momento en que los fuertes capitales norteamericanos ingresaban en la minería del cobre y del salitre y el recelo de la opinión pública contra la inmigración asiática era enorme.

Los estudios llevados a cabo por misiones japonesas también le permitieron a Tokio informarse de las potencialidades de Chile y los recelos que despertaba una migración que llevaba aparejada el prestigio de una potencia en el Océano Pacífico y una capacidad económica de inversiones considerables, y ver las dificultades de arribar a un convenio acerca de las seguridades para su migración y observar que la crisis mundial y la salitrera, en particular, fueron la finalización de la actitud dilatoria de Chile ante sus proyectos.

Referencias Citadas

Fuentes archivísticas

Archivo General Histórico Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile (AGHMRE): Se cita el volumen y el número que corresponde al oficio específico.
Vol. 446, 1913: Irarrázaval. Inmigración japonesa a América. Informes: 1 Oficio, Tokyo 20-1-1913.
Vol. 472^a, 1914: Misiones de Chile en Japón, Italia, Santa Sede y Consulados: 1 Oficios, Tokyo 9-1-1914; 2 Oficio Tokyo 29-7-1914.

Vol. 514, 1915: Legaciones de Chile en Alemania, Austria, Bélgica, España, Francia, Santa Sede y Japón: 1 Oficio Tokyo 18-6-1917; 2 Oficio Tokyo 8-4-1914.
Vol. 656, 1917: Legación de Chile en Italia, Suiza, Santa Sede y Japón: 1 Oficio Tokyo 26-12-1918; 2 Oficio Tokyo 24-4-1917.
Vol. 725, 1918: Legación de Chile en Japón: 1 Oficio Tokyo 25-1-1918; 2 Oficio Tokyo 21-9-1918.
Vol. 760, 1919: Legación de Chile en Francia, Italia y Japón: 1 Oficio Tokyo 27-3-1919.

- Vol. 828, 1920: Legación de Chile en Japón: 1 Oficio Tokyo 1-6-1920
- Vol. 837, 1920: Oficios confidenciales recibidos de las Legaciones de Chile en Italia y Japón: 1 Oficio Tokyo 19-3-1920.
- Vol. 938, 1922: Oficios confidenciales recibidos en Holanda, Italia, Noruega, Santa Sede, Japón: 1 Oficio Tokyo 1-3-1922.
- Vol. 986, 1924-1925: Misiones de Chile en Austria, España, Francia, Gran Bretaña, Holanda, Italia, Santa Sede, Suecia, Suiza, Japón: 1 Oficio Tokyo 30-10-1924.
- Vol. 1170, 1929: Misiones de Chile en Europa y Japón: 1 Oficio Tokyo 11-5-1929; 2 Oficio Tokyo 16-3-1929; 3 Oficio Tokyo 4-6-1929; 4 Oficio Tokyo 22-3-1929; 5 Oficio Tokyo 10-5-1929; 6 Oficio Tokyo 12-7-1929; 7 Oficio Tokyo 26-9-1929.
- Vol. 1171, 1929: Telegramas intercambiados con las misiones diplomáticas de Chile en Europa, Turquía y Japón: 1 Telegrama N° 30, 16-9-1929
- Vol. 1216, 1930: Misiones de Chile en Austria, España, Francia, Italia, Portugal, Japón, Turquía: 1 Oficio Tokyo 17-1-1930; 2 Oficio Tokyo 29-4-1930; 3 Oficio Tokyo 2-5-1930.
- Archivo General Histórico del Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile (AGHMRE): Servicio Exterior. Disponible en <https://archigral.minrel.gob.cl/webtree.nsf/fsRepresentantes> (5 de marzo de 2020).
- Archivo General Histórico del Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile (AGHMRE): Servicio Diplomático Extranjero. Disponible en <https://archigral.minrel.gob.cl/webtree.nsf/fsRepresentantes> (5 de marzo de 2020).
- ### Fuentes bibliográficas
- Acevedo A., F.
2018 *El problema moral: conformación de la imagen del migrante ideal y el asentamiento del extranjero no deseado en Chile (1854-1920)*. Tesis para optar al grado de Licenciada en Historia con Mención en Ciencia Política. Pontificia Universidad Católica de Valparaíso.
- Almonacid, F.
2009 "El problema de la propiedad de la tierra en el sur de Chile (1850-1930)". *Historia*, v.42, N° 1: 5-56.
- Ávila T., R.
2006 "Japón y las migraciones internacionales: una revisión bibliográfica de los artículos del International Migration Review (IMR)". *Revista Bibliográfica de Geografía y Ciencias Sociales (Serie documental de Geo Crítica)* Vol. XI, N° 663, 15 de julio.
- Barros van Buren, M.
1970 *Historia Diplomática de Chile 1541-1938. Segunda edición (actualizada a 1958)*. Editorial Andrés Bello, Santiago.
- Camus. P. y Jaksic, F.
2009 *Piscicultura en Chile: entre la productividad y el deterioro ambiental 1856-2008*. Ediciones Universidad Católica de Chile, Santiago.
- Censo de Población de la República de Chile levantado el 15 de diciembre de 1920. (2018) Disponible en <http://www.memoriachilena.gob.cl/602/w3-article-82449.html> (24 mayo 2020).
- Cordi, B y Onaha, C.
2011 "Transformaciones del rol de Japón en la región Asia-Pacífico.1945-2011". *Relaciones Internacionales*, N° 40: 251-279.
- De Andraca B., R.
2006 "Relaciones entre Chile y Japón: un siglo de acercamiento". *Estudios Internacionales. Revista del Instituto de Estudios Internacionales*, Universidad de Chile, N° 154: 147-167.
- Díaz Aguad. A.
2006 "Los consulados chilenos en Oriente y su participación en el proceso de inmigración china al norte de Chile (1910-1929)". *Diálogo Andino*, N° 27, pp. 61-74.
- Dircea A., D.
2009 *La migración japonesa a la ciudad de México en la década de los treinta del siglo XX*. Universidad Iberoamericana. México. Tesis para obtener el Grado Maestra en Historia.
- Endoh, T.
2009 *Exporting Japan. Politics of Emigration toward Latin America*. Urbana-Chicago, University of Illinois Press, Urbana-Chicago. 2009.
- Estrada T. B.
1997 *Presencia japonesa en la región de Valparaíso*. Ediciones Universitarias, Universidad Católica de Valparaíso.
- Estrada T. B.
2004 "Chile. Los Nikkei, agricultores y profesionales", en *Cuando Oriente llegó a América. Contribuciones de inmigrantes chinos, japoneses y coreanos*. BID, Washington D.C: 197-214.
- Ferrando, María Teresa.
2004 *Al otro lado del Pacífico. Japoneses en Chile 1900-1960*. Ed. Ograma.
- Galdames, L.A.
2001/2002 "Chinos en Tarapacá o la cuestión del otro. Dos documentos oficiales inéditos del archivo de la Intendencia de Tarapacá". *Diálogo Andino*, N° 20/21, pp. 133-138.
- Galeana, P. (Coord).
2014 *Historia comparada de las migraciones en las Américas*. Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto Panamericano de Geografía e Historia, México.
- Gardiner, C.H.
1975 *The Japanese and Peru, 1873-1973*. University of New Mexico Press, Albuquerque.
- Gómez. S.
2011 "La colectividad japonesa en Argentina: entre la invisibilidad y el Obelisco", *X Congreso Argentino de Antropología Social. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires*, Buenos Aires. (Noviembre 2011) <https://www.aacademica.org/silvina.gomez/2> (18 mayo 2020).
- González P., J. A.
2020 "Desde la influencia del darwinismo social hasta el imperio de los derechos humanos. Inmigración en Chile entre 1907 y 2018". *Estudios de Derecho*, 77 (169): 323-348.
- Gramss, J.
2002 "Des Nippo-Brésiliens reviennent au pays du Soleil Levant". *Hommes et Migrations*, N° 1235, Janvier-Février: 65-71.
- Hane, M.
2017 *Breve historia de Japón*, Alianza Editorial, Madrid.
- Herboso España, Francisco Javier. Reseña parlamentaria. Disponible en https://www.bcn.cl/historiapolitica/resenas_parlamentarias/wiki/Francisco_J._Herboso_Espa%C3%B1a (4 de marzo de 2020).
- Hincapié, L.M.
2016 "Rutas del Pacífico: Identidades diaspóricas asiáticas en el Caribe colombiano". *Revista Iberoamericana*, Vol. LXXXII, Núms. 255-256, Abril-Septiembre: 403-418.

- Iacobelli, P.
2016 “La “neutralidad” chilena en la Segunda Guerra Mundial (1939-1943): Un análisis historiográfico con énfasis en la literature sobre las relaciones Chile-Japón”. *Revista de Historia y Geografía*, 34, pp. 95-108.
- Iacobelli, P.
2017 *Postwar Emigration to South America from Japan and the Ryukyu Islands*. Bloomsbury, London.
- Iacobelli, P., Leary, D., Takahashi, S.
2016 *Transnational Japan as History*. Palgrave Mac Millan, London.
- Iacobelli, P.-Camino Nicolás
2018 “Diplomacia pública japonesa en la prensa chilena durante la Segunda Guerra Mundial”. *Cuadernos de Historia*, N° 49, pp.73-97.
- “Inmigración y emigración en Japón”
2013. *Anuario Internacional CIDOB*. (Febrero 2014). Disponible en [www.cidob.org > content > download > version > file \(4 de mayo 2020\)](http://www.cidob.org/content/download/version/4).
- Inoue, S.
2013 *Los inmigrantes japoneses en Brasil durante la Segunda Guerra Mundial y la postguerra*. Tesis para obtener el Máster Universitario en Estudios Avanzados e Investigación en Historia. España y el Mundo Iberoamericano, Universidad de Salamanca. España.
- Jara, M.
1994-5 “El Gobierno Chileno y las Gestiones de Colonización Japonesa del Cónsul Ángel Custodio Espejo con la ‘Nagai Boyeki Goshi Kaisha’ y la ‘Transoceanic Emigration Company’, a comienzos de Siglo”. *Notas Históricas y Geográficas*, N° 5-6, pp. 247-254.
- Jara, M.
1999 *Chile y el imperio del Japón, 1897-1911: los inicios de la experiencia diplomática y salitrera en el Asia*. Universidad de Playa Ancha de Ciencias de la Educación. Centro de Estudios de la Cuenca del Pacífico.
- Jara, M.
2001 “Carlos Morla Vicuña y su misión en el Asia”. *Notas Históricas y Geográficas*, N° 12, pp. 147-151.
- Khanna, P.
2019 *The Future is Asian. Global Order in the Twenty- First Century*. Hachette UK, London.
- Laborde C., A. A.
2006 “La política migratoria japonesa y su impacto en América Latina”. *Migraciones Internacionales*, vol. 3, N° 3: 155-161.
- Laborde C. A.
2011 “Japón: una revisión histórica de su origen para comprender sus retos actuales en el contexto internacional”. *En-claves del Pensamiento*, vol. V, núm. 9, enero-junio: 111-130.
- Lausent-Herrera, I.
1991 *Pasado y presente de la comunidad japonesa en el Perú*. IFEA, Lima.
- Manzenreiter, W.
2017 “Squared diaspora: Representations of the Japanese diaspora across time and space”. *Contemporary Japan*, vol. 29, N° 2: 106-116.
- Manzarreiter, W.
2017 “Living under more than one sun: The Nikkei Diaspora in the Americas”. *Contemporary Japan*, 29:193-213.
- Marín V., S.
1920 “La industria del cobre en Chile”. *Anales del Instituto de Ingenieros.*, XX, I: 5-30.
- Masterson D.M y Funada-Classen, S.
2004 *The Japanese in Latin America*. University of Illinois Press, Illinois.
- Matshusita, H.
1988 “La política japonesa hacia América Latina en la época de posguerra”. *Análisis Político*, Número 4: 93-101.
- Melgar Tisoc, D.M.
2014 *En los márgenes del sol naciente. Etnicidad, violencia y pertenencias en la migración de peruanos a Japón*. Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social. México. Tesis para optar al Grado de Maestra en Antropología Social.
- Melgar Tisoc, D.M.
2020 “Amarillos, blancos y chinos. Discursos y prácticas de racialización y xenofobia sobre población de origen japonés en Perú”. *Boletín de Antropología*. Universidad de Antioquia, Medellín, vol. 35, N° 59: 154-182.
- Melgar Tisoc, D. M.
2016 “Los nipoperuanos en Japón: entre el reconocimiento legal de la ancestralidad y la exclusión”, (2016) <http://ru.micisan.unam.mx:8080/xmlui/bitstream/handle/123456789/21785/L0117-NIPOPUPERUANOS-301.pdf?sequence=301-314> (15 de marzo 2020).
- Memoria presentada al Supremo Gobierno por la Comisión Central del Censo.1907. (2018) <http://www.memoriachilena.gob.cl/archivos2/pdfs/MC0007943.pdf> (24 mayo 2020)
- Montt, M.-Palma, P.
2017 “La diáspora china en Iquique y su rol en la política de Ultramar durante la república y el inicio de la guerra fría (1911-1950)”. *Diálogo Andino*, N° 54, pp. 143-152.
- Morimoto, A. y Araki, R.
2004 “Empresarios Nikkei”, en *Cuando Oriente llegó a América: contribuciones de inmigrantes chinos, japoneses y coreanos*, Banco Interamericano de Desarrollo, Washington: 253-274
- Nester, W.
1996 *Power across the Pacific. A Diplomatic History of American Relations with Japan*. McMillan Press, London.
- Núñez Mercado, M.-Silva Bijit, R.
2002 *Apuntes para una historia de La Cruz*. Editorial El Observador.
- Onaha, C.
1997 “Inmigrantes japoneses en la Argentina de 1910: ¿bienvenidos o rechazados?”. *Revista Estudios de Latinoamérica y el Caribe*. Nro.4, mayo: 48-61.
- Onaha, C.
2011 “Acerca del nacionalismo en la intelectualidad japonesa en Argentina”, Asociación Latinoamericana de Estudios de Asia y África. XIII Congreso Internacional de ALADAA. Colegio de México, 2011. (2011) http://ceaa.colmex.mx/aladaa/memoria_xiii_congreso_internacional/indiceautores.html (24 de abril 2020)
- Onaha, C.
2012 “Historia de la migración japonesa en Argentina. Diaporización y transnacionalismo”. *Revista de Historia*. N° 11: 82-96.
- Onaha, C.
2014 “Frontera e historia: cuando la cultura japonesa cruza los mares”. Anuario de Relaciones Internacionales. Disponible en http://sedici.unlp.edu.ar/bitstream/handle/10915/101555/Documento_completo.pdf?sequence=1 (22 de febrero de 2020).

- Onaha, C.
2018 “Una invitación al estudio de la historia del Japón: de sushi, bonsái, samurái, karaoke y pokemon”, en Cecilia Onaha, Emanuel Pfoh y Luciano Lanare, *Invitación al estudio de la historia de Asia y África*, Editorial de la Universidad de La Plata.
- Onaha, C. y Gómez, S.
2018 “Asociaciones voluntarias e identidad étnica de inmigrantes japoneses y sus descendientes en Argentina. *Migraciones. Publicación Del Instituto Universitario De Estudios Sobre Migraciones*, 2018, (23): 207-235. (2018) <https://revistas.comillas.edu/index.php/revistamigraciones/article/view/1453> (24 de abril 2020).
- Ota M., M.E. (Coord.)
1997 *Destino México. Un estudio de las migraciones asiáticas a México, siglos XIX y XX*. El Colegio de México. Centro de Estudios de Asia y África, México.
- Pinochet de la Barra, O.
1997 *Chile y Japón. Un siglo de amistad*. Comisión Chilena de celebración del Centenario de las relaciones Chile-Japón, Santiago.
- Puharicova, H.
2015 *The impact of WWII on the First and Second Generation of Japanese Immigrants in the USA*. Final Thesis. Checoslovaquia, Masaryk University Brno.
- Reseña parlamentaria Francisco Javier Herboso España. Disponible en https://www.bcn.cl/historiapolitica/resenas_parlamentarias/wiki/Francisco_J._Herboso_Espa%C3%B1a (2 de marzo de 2020).
- Ross, C.
2013 “Auge y caída de Japón en Chile, 1897-1943”. *Estudios Políticos*, 43, pp. 156-179.
- Ross, C.
2018 “Chile y Japón, 1990-2007. Avances y repliegues en una alianza estratégica fallida”. *Diálogo Andino*, N° 56, pp. 101-117.
- Seco S.I.
2010 *Historia breve de Japón*. Editorial Sílex, Madrid. Sociedad de Fomento Fabril
1913 *Boletín*. Año XXX, 12 de septiembre. N° 9.
- Spang, C.W.
2013 *Karl Haushofer und Japan. Die Rezeption seiner geopolitischen Theorien in der deutschen und japanischen Politik*. Monographien aus dem Deutschen Institut für Japanstudien. Band 52, 2013.
- Takeda, Ariel.
2002 “Japanese Immigrants and Nikkei Chileans”, in Akemi Kikumara-Yano (Editor), *Encyclopedia of Japanese Descendants in the Americas*, Boston, Japanes American National Museum, Altamira Press, pp. 178-206.
- Thiago C., J.
1971 *La migración japonesa en Brasil (1908-1958)*. El Colegio de México-Centro de Estudios Orientales, México.
- Toledo C., C. (Ed).
2009 *La ruta hacia el sol naciente*. Biblioteca del Congreso Nacional de Chile, Santiago.
- Toro I., L.
2018 *La política exterior de seguridad japonesa. Historia y Teoría*. Ariadna Ediciones, Santiago.
- Walker, B.L.
2017 *Historia de Japón*. Editorial Akal, España.
- Vilchez, H.
2016 “Hacia una nueva diversidad: Migraciones asiática en América Latina”. *Tiempo y Espacio*, N° 65. Enero-Junio: 99-119.

Nota

¹ No se debe desconocer que, dentro de América, la relación de Japón con Estados Unidos de América también tiene un periodo de importantes relaciones desde mediados del siglo XIX, incluido el poder y control estadounidense en

los procesos de modernización de Japón, hasta la década de 1930 y la ruptura de la Segunda Guerra Mundial (Nester, 1996).